

Certamen literari **Francesc Candel**

La Marina 2016



Ajuntament
de Barcelona

Edició

Ajuntament de Barcelona, Consell Municipal del Districte de Sants-Montjuïc

Coordinació

Elvira Aguirre, Direcció de Serveis a les Persones i al Territori, Districte de Sants-Montjuïc

Àngels Migueles, Biblioteca Francesc Candel

Julián Figueres, Biblioteca Vapor Vell

Juan Delgado, Biblioteca Poble-sec Francesc Boix

Anna Xuclà, Departament de Comunicació, Districte Sants-Montjuïc

Disseny i maquetació

Imatge i Producció Editorial Municipal, Ajuntament de Barcelona

Correcció lingüística

Consorci Normalització Lingüística

Edició i impressió

Imatge i Producció Editorial Municipal, Ajuntament de Barcelona

Dipòsit legal

B-¿??

Atorgar un premi literari és alhora un privilegi i una alegria.

Un privilegi perquè ens permet conèixer, gairebé de primera mà, la sensibilitat dels autors i autores que han tingut la valentia i generositat d'entregar les seves obres a concurs. Una alegria perquè a més de fer feliços els escriptors i escriptores premiats i premiades, el fet de poder editar-los en un volum imprès com aquest, ens permet compartir i fer arribar més lluny les seves idees i els seus imaginaris.

La combinació d'una biblioteca i d'un certamen literari materialitzen una de les reivindicacions claus d'en Francesc Candel: "la cultura a l'abast de tothom i de tots els barris". Per tant, és també un privilegi i una alegria lliurar el premi en la biblioteca que porta i recorda el seu nom, una biblioteca que justament aquest any celebra el 10è aniversari de la seva inauguració i que, juntament amb aquest certamen, ens permet mantenir viva la memòria i el llegat del periodista, escriptor i veí de la Marina, i de tota la ciutat.

Llegiu aquest llibre, gaudiu-ne i compartiu-lo.

Laura Pérez Castaño
Regidor del Districte de Sants-Montjuïc

Guanyadors del certamen literari Francesc Candel La Marina 2016

Poesia

Desert

Relat curt adult

Sònia Aguilera Roura

Relat curt juvenil

Mariona Gelabert Esquirol

Reportatge periodístic

Josefina Maymó i Puig

Finalistes del certamen literari Francesc Candel La Marina 2016

Poesia

Joan Carles González Pujalte

Relat curt adult

Montserrat Bastons García

Relat curt juvenil

Aloma Alenyà i Creus

Reportatge periodístic

Raúl Arango Aragón

Membres del Jurat

President del Jurat

Joan Sanromà, Conseller de Cultura del Districte de Sants-Montjuïc

Relat Curt Juvenil

Jaume Centelles, Escriptor i Pedagog

Jordi Mateu, Professor de l'escola Can Clos

Joan Delgado, Director Biblioteca Poble-sec - Francesc Boix

Hortènsia Gali, Fundació Sierra i Fabra

Relat Curt Adult

Mònica Boix, Biblioteca Francesc Candel

Martí Carandell, Professor de l'Institut Domènech i Muntaner

Antoni Reig, Periodista, professora de comunicació de la UAB

i membre d'Òmnium Sants

Reportatge Periodístic

Genís Sinca, Escriptor i periodista

Joan Barutel, President de l'AMCL: La Marina FM i Diari La Marina

Pere Baltà, President de la Fundació Paco Candel

Oleguer Forcades, Director de Sants 3 Ràdio

Poesia

Ricard Reitano, Escriptor i activista cultural

Maria Lorente Becerra, Escriptora

Julián Figueres, Director Biblioteca Vapor Vell

Sepulcre anònim

Finalista modalitat Poesia

Joan Carles González Pujalte



Tothom tem el temps.
Proverbi àrab.

¿Qui et tempta amb místics cavalls,
daurats crepuscles, brillants armadures,
acers agusats, plomes, encaixos,
llances, bàrbares trobades de pits
contra pits, de pits rocosos amb osques
mirades, de sangs contra sangs,
llots que embruten la noblesa de la mort,
boques xerricoses, rellotges, tous,
amors –puttis nus– bufetes obturades,
pinces remenant artèries gelades,
clavícules desencaixades,
fems dels ventres, suor de les aixelles,
sutge dels murs dels vells palaus blasonats,
dames tristes, místics cors, sepulcre obert,
estendards arnats, fums llunyans d'exèrcits
que avancen, columnaris, botigues de congelats,
supermercats, M's de macdonalds
excitades en el crepuscle, contenidors verds,
blaus, marrons, enormes cartells
de cases de mobles, nigh-clubs de carretera,
inflables d'elefants, ponts d'homenatges,
cadafals, poetes de la cort, besos
llençats a l'espai pels astronautes?
¿Qui et vol a l'olimp dels déus monàrquics,
als paranimfs, a les universitats,
als estudis de disseny, a les sales de ball?
Tu, tan orgullós de tu mateix com el Carles V
del Ticià a la batalla de Mulhberg.

Rodajas de Sandía

Guanyador modalitat Relat Curt Adult

Sònia Aguilera Roura



A mí, de crío, me daban miedo las tormentas. Y el mío no era un miedo normal, no, era un miedo visceral. Así que oía el primer trueno sentía como si alguien me escurriese las tripas. Entonces escondía la cabeza bajo las sábanas y gritaba: “¡Papááá! ¡Mamááá!” Me daba igual quien de los dos viniera a socorrerme, siempre y cuando me salvaran entre el calor de sus cuerpos.

Pero en los miedos, como en el amor, un clavo saca a otro clavo. Y eso es lo que me pasó a mí. Dejé de temer a las tormentas porque empecé a temer que mamá muriese. Y es que hubo un tiempo que en casa todos morían. Era como si se hubieran contagiado de un extraño mal. A mi hermano se lo llevó Dios cuando tenía cinco años. La abuela murió del corazón y, poco después, el abuelo, de tristeza. Al menos eso dijo mi madre en el cementerio.

Yo no sabía que de tristeza podía morirse uno.

La tristeza para mí, en aquel momento de mi infancia, significaba no hacer. El abuelo, desde que murió la abuela, no hacía. Se pasaba los días en aquella mecedora, mirando el techo, sin hacer nada. De tanto en tanto, eso sí, lloraba sin hacer ruido.

Cuando el abuelo murió, mi padre se marchó como si nunca hubiera estado, en silencio.

“¿Dónde está papá?”

“¡Vete a saber!”

Al principio mi madre estaba rabiosa, pero, poco a poco, se fue consumiendo como un fuego que ya nadie alimenta. Acabó derrotada en la misma mecedora que el abuelo.

“La tristeza se contagia”, se me ocurrió una mañana mientras ella se balanceaba. “Como el sarampión. Se contagia. Y el abuelo contagió a mamá”. Aquel fue el día que dejé de temer las tormentas.

“¿Estás triste, mamá?”, ella siempre contestaba que no.

Antes de enfermar mi madre solía decirme cosas muy bonitas que yo no entendía. Me decía, por ejemplo: “*Es tu risa la espada más victoriosa o Es tu risa en los ojos la luz del mundo*”. Cuando era un mocoso pensaba que aquellas frases las había inventado para para mí. Ahora sé que me recitaba versos de Miguel Hernández.

Por eso me reía, no de ella, tampoco de mí, me reía para es-pantar su tristeza. No se me ocurrió mejor forma de salvarla. La mía era una risa nerviosa que garabateaba mi rostro de muecas que pretendían desenvainar esa victoriosa espada. Pero solo conseguía irritarla: “Qué niño este, no tiene respeto por nada”.

“Pero mamá, ¿tú estás triste?”.

Recuerdo la primera vez que intenté levantarla de aquella mal-dita mecedora. La cogí de las manos y estiré. Estaba pegajosa y húmeda. Yo también. Le clavé las uñas para que no se me escu-rriera y seguí estirando. Estiré tanto que la mecedora se abalanzó hacia mí. Y, cuando sentí que me iba a caer todo el peso de la tristeza encima, aflojé las garras y tuve una visión horrible: mamá balanceándose como un títere con las muñecas rayadas.

En mis intentos desesperados por recuperarla también le ense-ñaba tebeos. Se los llevaba hasta la mecedora. Siempre que me acercaba a ella me temblaban y me sudaban las manos. Entonces no sabía por qué. Ahora se que me estaba contagiando su tristeza.

“¡Mira mamá! ¡Mira qué risa! Aladino le ha puesto un diez a Zipi y un diez a Zape” y carcajeaba con el ruido metálico de las espadas. “¿Si te regalara un diez estarías contenta?”.

Pero era verano y yo estaba de vacaciones. Además a ella no parecían importarle esas cosas.

“Tico” me decía, “*desperté de ser niño, nunca despiertes*”.

A mí me despertó su tristeza.

Aprendí a encender el fuego y a cocinar, a quemarme los dedos con las ollas y a preparar la comida. A fregar los platos y a romper vasos, a cortarme con los cristales y a chuparme las heridas.

“Qué lástima...”, decían las señoras y se abanicaban para que pasase el bochorno.

Tenía siete años y una madre que no podía levantar de la mecedora.

“¿Estás triste, mamá?”.

Hice lo que pude. Pero fue inútil. Mamá seguía ausente, hip-notizada por aquel techo, sudando y derramándose como si estu-viera hecha de infinitas lágrimas.

Cómo llegué a odiar aquella mecedora.

Y también aquella maldita casa.

Sobre todo a partir de aquel día, cuando un silencio denso, bochornoso y húmedo me contagié definitivamente su tristeza. Pero yo no lloraba, no. Lo mío era otra cosa. A mí me apetecía el vacío de la ventana. Y me dolía.

Me dolía desde la garganta hasta los intestinos.

Me dolía mucho más que si alguien me hubiese escurrido por dentro.

“Qué lástima...” decían las señoras con sus abanicos.

Al principio hice como si nada, me lavaba la cara, comía poco, miraba hacía la puerta y asunto arreglado. Pero la ventana seguía llamándome como una atracción de feria.

Yo vivía en uno de esos grandes bloques de la periferia. En el último piso.

Recuerdo una noche en que las luces de la ciudad parecían estrellas caídas del cielo. Me senté en el alféizar y mis piernas temblaron en el vacío. Así perdí una de mis zapatillas, cuando colisionó contra el suelo no la escuché y pensé que yo también caería así, blandamente, sobre aquel manto de estrellas...

“Tico...”

“Tico...”. Fue lo único que me dijo mientras me miraba con ojos de tormenta. Se había levantado de la mecedora.

“¿Ya no estás triste, mamá?”.

Ella, como siempre, respondió que no con la cabeza y, por un momento, pensé que era cierto. Me reí. Me reí de verdad. Me reí como el niño pequeño que era. ¡Por fin había vencido mi victoriosa espada!

Pero, así que dejé el alféizar para seguirla hasta la mecedora, me di cuenta de que estaba equivocado. Su tristeza había fermentado. Olía a podredumbre.

Yo necesitaba que mamá se levantase de aquella mecedora, de cualquier manera y a cualquier precio. Por eso, a veces, me sentaba en el taburete de la cocina y hacía ver que tocaba la guitarra. Otras, cantaba a Marisol, utilizaba un vaso como micrófono y la mesa de comedor como escenario. También me colgaba de las

cortinas como Tarzán y gritaba. Pero lo que más me gustaba era coger su pintalabios y dibujar, en las paredes del pasillo, grandes sonrisas como rodajas de sandía.

Así fue como ella empezó a tener fuerzas para reñirme: “Tico, estate quieto”. Incluso para gritarme: “¡Te voy a dar en el culo!”. Alguna vez conseguí que me diera.

Aquel verano se acabó con la primera tormenta. Sería finales de agosto. Los rayos, como puñetazos, atravesaban el cuerpo del cielo. Y las nubes lloraban a sus anchas. Yo, aunque necesitaba ser nube, preferí hacerme el cobarde.

“¡Mamáááá! ¡Tengo miedo!”. Tuve suerte, pues ella interpretó, como siempre, que era a la tormenta.

Me dejó dormir en su cama. Me tapó con la sábana y me acurrucó entre sus brazos. No sudaba. Yo tampoco. Entonces me explicó que, las nubes, como las personas, a veces se pelean, que los golpes son los rayos y la lluvia las lágrimas. Luego añadió que papá y ella eran dos nubes. Nada más.

“Yo también quiero ser nube”, le dije.

Pero no quiso entenderme y yo decidí que no importaba.

“Quiero ser algodón entre tus brazos”, rectifiqué.

“¿De azúcar?”.

“¡Sí, de azúcar!”.

Aquella noche dormí como un bendito y, por la mañana, cuando desperté, el sol entraba por la ventana y mamá, por fin, me sonreía: “*Es tu risa en los ojos la luz del mundo*”, me dijo. Yo también sonreí y volví a dormirme muy apretado a ella.

Nåd

Finalista modalitat Relat Curt Adult

Montserrat Bastons Garcia



I

– Estigui tranquil·la, els resultats són clars: vostè no patirà per herència genètica la malaltia de la seva germana, perquè...

Abans que el doctor Stockmann continués, la Nåd va deixar anar un crit d'alegria. De sobte se sentia com si li haguessin tret una motxilla plena de pedres de l'esquena. A l'Erik li va faltar temps per abraçar-la. Podrien tenir fills sense perill! Passat el primer efecte de l'eufòria, es va adonar que havia interromput el doctor. El va mirar i amb la veu plorosa li va dir:

– Disculpi, amb l'emoció del moment no li he deixat acabar la frase... Digui, per què jo no podria patir, per herència genètica, el càncer que va patir la meva germana?

El doctor va trigar uns segons a respondre. De fet, no sabia si fer-ho.

– Perquè hem vist, per les anàlisis i les comprovacions que hem fet, que vostè i la seva germana tenien marcadors genètics paterns... diferents.

– Què vol dir exactament “marcadors genètics paterns... diferents”?

– Que vostè i la seva germana no compartien el mateix pare... El Sr. Samir Saidí era el pare de la seva germana... però no el seu.

Si feia només uns instants la Nåd hauria cridat als quatre vents que era la persona més feliç de la Terra, ara voldria que la Terra sencera s'obrís i l'engolís. Era absorbida per un espiral que se l'enduïa lluny...

L'Erik la va subjectar abans que caigués de la cadira desmaiada.

II

– Què t'han dit a l'Hospital?

La seva mare, en veure-la entrar al menjador, es va aixecar de pressa i li va mirar la cara, per si podia saber la resposta abans que la seva filla la verbalitzés. Tant de bo les pregàries haguessin servit d'alguna cosa... Desconcertada per la mirada de la Nåd, li havia parlat.

– Estigues tranquil·la, mama. No em moriré del mateix.
– Doncs sembla que t’haguessin donat la notícia contrària. Fas una cara...

– M’han dit que no em moriré del mateix... perquè la Sara i jo teníem “marcadors genètics paterns DIFERENTS”!

Tot i que en el fons intuïa la catàstrofe que estava a punt d’esclatar, la Huda, la seva mare, li va preguntar:

– Què vols dir *exactament* amb “marcadors genètics paterns diferents”?

La Nåd estava al cim d’un penya-segat, amb un peu enlaire i impulsant-se per precipitar-se en el buit. Va explotar.

– Que teníem pares diferents! Que la Sara i jo érem germanastres! Que has estat enganyant el papa, ell que t’estimava tant! Que ens has estat enganyant, a ella i a mi, tota la vida! Per què? Per què? No sé qui és el meu pare realment!!!

La Huda va empal·lidir. Els genolls se li afluixaven. Es va aferrar a un cantó de la taula del menjador. Quan les forces li van retornar, amb passes lentes es va anar encaminant cap al sofà. S’hi va asseure. Es va quedar contemplant les flames vermelloses de la llar de foc. La veritat era el foc que estava incendiant la seva vida. Amb un fil de veu va demanar-li:

– Prepara’m un te, Nåd, si us plau... Prepara-te’n un, tu també. Ens ajudarà a calmar-nos.

III

– Sempre t’hem dit que els avis van ser els primers que es van instal·lar a Suècia. Et vam mentir: vam ser nosaltres, els teus pares.

La Nåd va obrir la boca per segurament qüestionar això de “els teus pares”, no exempt d’ironia, donades les circumstàncies, però la Huda li va fer un gest perquè la deixés continuar.

– Tant el Samir com jo vivíem a Raqqa, una de les ciutats més importants de Síria. Ens vam conèixer en una festa d’uns amics en comú. Al cap de set mesos, ens vam casar. Al cap d’un any,

va néixer el Khaled... Sí, vas tenir un germà que es deia Khaled... Era tan bon nen... A vegades, quan somrius, em recordes a ell...

La Huda es va tapar la cara amb les mans. Els ulls se li havien omplert de llàgrimes. Mentrestant, la Nåd estava estupefacte. Havia tingut un germà! Quantes coses més li quedaven per descobrir de la seva família? Per què tants secrets?

– Perdona'm... No ho he pogut evitar... Dos anys més tard, vam tenir la Sara. Érem feliços. El Samir treballava en un hospital i jo en una escola i havíem format una família. Érem feliços. Però, com si fos un huracà que ho destrossa tot, va venir la Guerra. Sabíem que estaven bombardejant les zones del voltant. Vam decidir fugir. Vam arregar tots els diners que vam poder. Els avis s'hi van quedar. No van voler abandonar la seva terra. El matí del 17 d'agost de 2015 vam sortir de casa, de Raqqa, de Síria. Hi tornàvem algun dia?

Vam travessar Turquia. Allà vam pagar per agafar un vaixell que ens portaria a Grècia. Ens van enganyar. No era un vaixell. Era una barca de mala mort. Vam salpar de nit. Anava massa plena. Va trontollar. Van caure persones a l'aigua. De sobte, en Khaled no hi era... Només tenia quatre anys... Com vam poder, vam arribar a la costa. Jo estrenyia la Sara amb tota la força del món. No la volia perdre.

Se'ns havien acabat els diners. Durant dies, setmanes, mesos només vam caminar. Fes calor, fred, vent, només vam caminar. Vora rius, llacs, prats només vam caminar. Vam deixar enrere Macedònia i Sèrbia. Hongria ens vetava el pas cap a Àustria. Portàvem setmanes a la frontera, malvivint com si nosaltres fóssim animals, no persones. Ens hi havíem quedat atrapats com a la ratera, les rates. Corria el rumor que alguns soldats feien excepcions i et deixaven passar d'amagat, a canvi d'alguna cosa que els poguessis oferir... Què els podíem oferir, nosaltres?

IV

– “L’has de tenir, em sents? Jura-m’ho! Has de ser forta! Ja en vam perdre un, de fill... I no ho dubtis: jo sempre me l’estimaré com si fos meu. I tu també te l’has d’estimar... Sé el que t’estic demanant.”

Això em va suplicar el Samir quan va saber que estava embassada. No podia ser seu. Feia temps que no... Massa guerra. Massa fatiga. Massa misèria. Eres el fruit de nits d’horror... Ell no ho volia. Era mentre ell dormia que jo anava a trobar els soldats... Al cap d’una setmana vam entrar a Àustria.

Em va fer jurar que el tindria. Sí, ho vaig jurar. Com si m’arrenquessin a trossos la pell. Per part meva, jo li vaig fer jurar que mai no te’n parlaria... Tots dos hem mantingut el jurament.

Vam seguir vivint unes setmanes a Alemanya. Uns amics nostres havien arribat a Suècia. Ens van dir que hi anéssim. Un petit poble els havia acollit bé.

Pocs dies després d’arribar-hi, vas néixer. No sabem quin nom posar-te. Vam preguntar com es deia “misericòrdia” en suec i ens va agradar com sonava: Nåd.

Bonica, bonica sense trenes

Guanyador modalitat Relat curt juvenil

Mariona Gelabert Esquirol



Quan era petita se li van enganxar els cabells a les reixes rovellades que voltaven els rosers de la veïna i van haver de tallar-li un gran manyoc de cabells per desenganxar-la. “Malaguanyada cabellera”, digué sa mare mentre llençava els seus rinxols a la brossa. La Maria no plorava, encara no s’havia vist al mirall. Fou l’endemà, quan sa mare li tallà la resta de cabells per igualar-ne la mida i la Maria es veié per primera vegada reflectida al mirall. I tot i només contemplant-se de reüll, s’adonà que era lletja. Totes les altres nenes portaven trenes, unes llargues trenes gruixudes que els colpejaven l’esquena quan saltaven a corda. Ella era la única que no podia dissimular una fesomia poc dolça rere una cortina de cabells espessos. Per molt que s’estirés els cabells, aquests no creixien, i restaven quietes com palla seca si no fos que de tant en tant una bafarada d’aire els obligava a fregar-li les galtes. Però aviat va deixar de sentir-se despullada, a la intempèrie davant de totes les cares bufones que li ferien l’orgull. Es va fer tallar un serrell i esperà pacientment que arribessin els anys joves per pintar-se. “Qui no porta trenes, no és com les altres nenes!” cantaven la canalla, i de seguida s’hi afegiren els nois més grans. “Ei, Maria! Qui no porta trenes no és com les altres nenes!”, “Qui t’ha segat el cap d’aquesta manera?”. “Bonica, bonica!” li deia un noi gran amb un somriure sarcàstic que feia apartar els ulls; la seguia fins a casa i la saludava. Però ja poc importava, la Maria era eixuta i seca davant de tot el que li poguessin dir. No calia donar-hi importància, de fet, ella no els retreia les mofes, la veritat era que els comprenia. Més d’un cop s’havia sorprès a si mateixa murmurant la mateixa melodia mentre cosia tota sola a l’eixida, quan no la sentia ningú. “Bonica, bonica...”. Entre puntada i puntada l’hivern morí i es presentà una primavera insípida entre pins perennes al temps; el pas dels dies només s’endevinava pels camps que, mansament seguien el camí marcat per l’aixada. Si l’estiu només s’intueix per la calor, per la Maria sempre foren els camps de blat els qui emmarcaven el naixement de l’estació calmada, portant les llargues tardes roges i els vespres xafogosos amagats entre les seves espigues d’or. S’instal·là l’emalat i

son pare li digué que s'hauria de casar aviat. Durant els balls de festa major les altres noies ballaren sense parar, sempre amb les trenes repicant sobre les espatlles lluentes per la suor, i la Maria s'ho mirava de lluny perquè temia que si s'hi acostava massa, un "bonica, bonica!" punyent la deixaria en evidència davant de tanta gent que sabia perfectament que ella no ho havia estat mai, de bonica. Es feu esperar poc: son pare, rabiós, d'una estrebada l'arrossegà fins al costat dels músics i li manà que s'estigués allí palplantada fins que algú la tragués a ballar. Les cançons passaven i la Maria es fixava en com les noies més reclamades seien, exhaustes d'anar passant d'uns braços a uns altres, i contestaven amb una rialla als nois que insistien en que el següent ball seria l'últim. De sobte, sentí com li pujaven els colors a les galtes i per uns instants s'adonà que estava sola, a mercè de res més que de la vergonya d'ésser jove i solitària. "Si algú em treu a ballar..." . La música s'acabaria aviat i s'encendrien les llums i enmig de la foscor les parelles fugirien a amagar-se en la complicitat de la nit. Però la Maria es quedaria esperant encara, al costat d'uns músics que frisaven per parar de tocar i veure un got de vi. Pensant que tota esperança ja era perduda, tremola quan una paraula se li quedà travada a la gola i les cames li comencen a fer figa:

– Bonica, bonica!

Aquell jove d'ulls sarcàstics se li acostà per darrere i li va estirar els cabells. Ella, presa de la por i la ràbia, etzibà un parell de bufetades a l'aire però el noi fou més ràpid i li atrapà les mans al vol.

– Com és que la més bonica no balla? –continuava dient ell sense perdre un somriure innat.

S'havien encès els primers llums. La Maria sentia que se li començaven a humitejar els ulls, hagués volgut fer-se minúscula, fins a esdevenir pols, i morir tranquil·la sabent que no la veia ningú.

– No te'n burlis. Ves-te'n. –va dir ella forcejant els braços que el noi encara li mantenia subjectes. Les llàgrimes li rajaven galtes avall, com paraules incontrolables que mai havia sigut capaç de dir i ja només podia plorar-les per fer-se entendre: Nena que no sap parlar, nena que plora, nena que s'arrauleix en un racó. De

sobte, la Maria veié com el cel més fosc de desembre es posava sobre els ulls del noi. La mirada d'aquest s'enfosquí, va quedar cega l'espurna que encenia les seves ninetes neguitoses i ja no s'hi intuïa més que unes conques negres i buides. El somriure se li esquinçà. Tota la mofa innocent caigué a terra en un gest bruscat: el noi li deixà anar els braços. Una trompeta marcava el final d'un bolero. Repicaven el terra bruscatment els talons de les noies més maques, com cops de fragments de terrissa trencada. Cada soroll com més intens, feia estremir.

– Jo mai m'he burlat de tu. –va contestar ell.

El pare de la Maria havia tombat el cap i observava amb desaprovaçió, es va encendre un quart cigarret però escopia el fum cap a enrere, per no emboirar-se la mirada. Dins del ball de faldilles que es fregaven les unes contra les altres la Maria havia perdut el ritme del moment, i vagarejava dolçament, moribunda, bressolada per aquelles paraules que no podien ser reals. Tot havia estat una mentida doncs? Tot aquell turment de joventut que li havia perfilat uns llavis tristos on havia anat a parar?, ara que resultava que, malgrat les trenes i els miralls ella, Maria, era bonica. En el fons, no gosava creure-s'ho massa.

– Pensava que te me'n reies. –va dir ella, com si hagués d'excusar el plor.

– No. Jo no dic mentides. Són bonics els teus cabells curts..

Fins llavors no hi havia dubte que ningú no s'imagina com bonga el cor quan els pensaments flagel·len la innocència de la infantesa, finestra entreoberta a aquella criatura que va comprendre que les paraules es claven, ben endins, després d'haver vist escórrer les trenes dins una tassa de vàter. I quan el noi la tragué a ballar sentí que un gran pes li regalimava esquena avall, res no li colpejava les espatlles. Una mà li apretava la cintura. S'obriren els llums sense que ningú se n'adonés, perdut com estava tothom en els ulls dels altres. Ella murmurava que no en sabia gaire, de ballar.

– És més senzill del que et penses. –va respondre ell arrugant-li el vestit de tan fort com el subjectava. Es pensava que la perdria. I discretament caigueren vers la muntanya un parell de

mirades incrèdules, per contemplar l'últim raig de sol que s'estirava lànguidament, camps avall, fins a acaronar l'esquena d'una noia de cabells curts que ballava sense traça al bell mig d'una plaça plena: Un esquitx de llum s'havia enredat als seus cabells i, per instants, semblaren aparèixer-hi dues trenes banyades en sol, boniques com caps se n'ha vist. Quietes, no repicaven, lluien tranquil·les i sens pressa, fins que morís el crepuscle.

Alzheimer

Finalista modalitat Relat curt juvenil

Aloma Alenyà i Creus



Dia 1

No ha canviat res, sóc jo encara. Faig un esforç immens per recordar-ho tot. Per recordar a tothom. No vull perdre el record de res ni de ningú ara que sé que només em queda anar desapareixent.

De tant en tant parlo sol, no sigui que me n'oblidi, i escric això per llegir-ho cada dia i si tinc sort tornar a refer el tros de mi que ha marxat.

Tota la meva vida he estat admirant les paraules. No hi ha cap cosa tan poderosa. Cada una d'elles conté un món sencer, i amb aquest món pots crear tota mena de sentiments. He regalat paraules, he lluitat amb paraules, m'he desfogat amb paraules i he entès amb paraules. Elles poden fer-ho tot. Menys curar l'alzheimer.

Dia 2

Avui li he demanat al meu nét que m'ensenyi a buscar amb això de l'Internet. Ho vull saber tot sobre la malaltia, saber el que m'espera i així poder-ho afrontar. Ha agafat una mena de bony metàl·lic, que deia que era un ratolí. He teclejat la paraula amb dos dits i la llengua fora. Han aparegut pàgines i pàgines d'informació i ell n'ha triat una. He començat a llegir. No he pogut acabar de llegir.

Dia 3

Sóc a l'habitació. Veig els coixins de colors. Veig el moble de calaixos i la taula, amb els llibres i la prestatgeria plena de coses. Vull recordar tot i cada un dels objectes, com es diuen, i com es descriuen. Agafo la càmera i faig una fotografia. Si ara fos jove crec que em dedicaria a això. Miro el sostre i veig les bigues reces. Elles ho veuen i ho veuran tot. Em veuen a mi.

Necessito fer-me una fotografia. Vaig al mirall i maniobro com puc la mà i la càmera per orientar-la cap a mi. Somric. Haig de somriure i recordar que vaig ser feliç. La llum m'enlluerna una mica però és igual. Clic. La fotografia surt per sota l'aparell, l'agafo i la miro. Quantes arrugues, que lleig. I quin somriure més fals. Al cap i a la fi sóc jo. Camino i torno al meu llit. Estic exhaust. Guardo les

dues fotografies a la llibreta negra i la deixo a la tauleta. Recolzo el cap al coixí.

Sóc l'Ernest. Tinc 73 anys. Visc a Barcelona amb la meua família. Fa poc em van diagnosticar alzheimer. Tinc un nét que es diu Evast.

Dia 4

No. No vull dormir. Vés a saber qui sóc quan em desperti. Tinc por. Però també tinc son. L'única cosa que em manté viu és escriure aquí. Però cada cop escric més lent. Cada cop em costa més explicar-me. Vull que tot torni a ser com abans.

La meua filla ve i apaga el llum. L'habitació s'omple d'una lleugera olor de vainilla. Jo em faig l'adormit, per no preocupar-la. Sé que sap que quasi no dormo. No ho porta gaire bé, això, però ho dissimula per l'Evast. Ell m'ajudarà a superar-ho, no estic boig, no parlo sol. Se'n va i em quedo amb la foscor negra. Noto com m'abraça, traïdora. És la meua enemiga. Durant un d'aquests viatges que fem junts, i que cada cop fem més, potser ja no tornaré. Haurà guanyat ella i m'hi quedaré per sempre.

Dia 5

Ja no sóc a l'habitació. Sóc en una sala blanca. Només hi ha un llit i una cadira. On sóc? A veure, calma't. No passa res. Ara vindrà algú i t'ho explicarà. Recorda: em dic Ernest. Tinc 73 anys. Visc a Barcelona amb la meua família. Tinc un nét.

Entra una dona vestida d'uniforme. La miro sense moure'm. Recull una mica les coses i no diu res. Espero a que s'adoni que sóc aquí. No fa cas. Ni s'immuta.

M'incorpo com puc. Què representa tot això? És una broma? Estic furiós. L'escrio. Vull explicacions. Ja. Em mira amb mala cara, ni que fos un moble vell! Surt i una altra dona molt més jove entra. És molt maca. Em saluda i em fa un petó al front. Fa olor de vainilla. Qui és? Em comença a parlar i em diu que aquí estaré millor, que em cuidaran i que no em preocupi per res.

Però jo vull sortir d'aquí.

Dia següent

Em llevo i encara sóc a l'estúpida habitació. M'estic podrint aquí dins. Tinc casa? Vull anar-hi. Necessito que algú m'ho expliqui, i que aquestes paraules tornin a ordenar la meva vida.

Entra un noi. Em sona. Està seriós, com si veure'm suposés un gran esforç. Té una llibreta negra a la mà. Me la dona. L'obro i hi veig dues fotografies, una d'una habitació i l'altra d'un senyor gran. Agafo la segona:

– Qui és? –el noi em mira sorprès.

– L'Ernest, el meu avi.

– Qui ets tu?

Ajup el cap: – Sóc l'Evast.

– I què vols, si es pot saber?– li dic, desconcertat.

Em mira. Està enfadat. S'aixeca de la cadira i marxa plorant. Quin noi més estúpid. Només ha vingut a molestar. Que plori el que vulgui.

Veig el meu reflexe a la finestra. Qui sóc? Em dic. Tinc 73 anys. Visc. No ho sé, però l'únic que sé és que no visc en aquesta habitació. Miro la fotografia. Un moment. El reflexe. Sóc jo. Jo sóc el vell. Aquell noi era el meu nét? Espera, tinc fills?

Em roda el cap. Vull fugir.

Dia de pluja

Avui és un d'aquells dies que recordo qui sóc, així que l'haig d'aprofitar. Vull escriure una carta. Però ja no tinc força. Ja no recordo què va passar ahir. Espero no haver causat mal a ningú, si ho he fet, ho sento. Jo no vull ser així. Cada cop em costa més expressar-me. Cada paraula que escric és un esforç immens.

Deixo el llapis amb la mà tremolosa. Al costat del llit hi ha un llibre amb alguna cosa a sobre. Són papers trencats. És una fotografia. Agafo el llibre. Llegeixo el títol lentament. *Evast i Blanquerna*.

No tinc forces ni per pensar.

Tanco els ulls. És tot fosc. Ella guanya. M'ha robat les paraules. La llibreta negra. Negra.

Ramon Calsina, l'artista honest

Guanyador modalitat Reportatge Periodístic

Josefina Maymó i Puig



«Jo recordo el Ramon Calsina de pantalons curts i davantal de percala, de quan, líricament salvatges, anàvem al llindar d'uns horts esquifits del nostre suburbi, a tirar pedres a la lluna, a veure-la córrer entre núvols dins una aigua espessa i tèrbola que transcendia a fàbrica de couro, a escorxador, a cànem... Aleshores, de la butxaca del meu davantal sortien només ocells de paper, cons i bales de vidre, però de la butxaca d'en Ramon hi bategaven dibuixos acolorits i ninots elaborats amb una gràcia inefable.» (Xavier Benguerel, *L'Instant*, 5/3/1935). He triat aquest magnífic fragment per introduir el singular personatge damunt del qual, amb mà tremolosa, pretenc posar el focus d'aquest retrat literari perquè en unes poques línies ens en fa saber coses essencials i ens ofereix algunes de les seves vitals coordenades: un suburbi, el Poblenou; una manera d'estar al món, líricament salvatge; realitat i fantasia garbellant-se l'una a l'altra, o l'intent de caçar la lluna en un basal d'aigua; i un batec creatiu que transcendeix la paraula, inefable. Aquest és a grans trets el personatge, Ramon Calsina i Baró (1901-1992), dibuixant i pintor; i dic a grans trets perquè són tants els matisos, la complexitat i la robustesa, tant de l'autor com de l'obra llegada, que mai ningú no l'ha pogut encasellar, assimilar a cap moviment pictòric ni doctrina creada. Mes tothom convé, en passar pels seus llenços i dibuixos la mirada, com n'és d'original i personal el seu estil. Sovint l'estranyesa i la sorpresa et revoltent, per l'extraordinari i l'inaudit; a voltes per una excletxa et va mostrant la tendresa fins que te'n queden amarats tots els sentits; d'altres un somriure se't dibuixa en senyal de complicitat amb tot allò que hi ha descrit. Indiferent mai no et deixa i alguna cosa et fa moure ben endins, sacsejant els plecs de l'ànima o de la consciència, sobretot quan amb tant d'encert detalla les misèries, la condició humana, la vulnerabilitat de l'home i el camí tan ple de contradiccions que ha de seguir. El sarcasme i la ironia tampoc no hi falten, la caricatura, per accentuar els defectes d'allò que creu que ens ha de posar en alerta, allà on cal dirigir el crit. Aclaparador i fins i tot podríem dir que divertit, adobant a voltes el missatge amb la introducció d'elements fantàstics que

són a tothora reeixits. Res en Calsina mai no és gratuït. Tantes són les lectures que ofrena, tant el ric matís.

En quant a la tècnica, la seva obra revela un domini manifest. Format en el rigor acadèmic, el joc de llums i ombres senyorieja, el color, la forma, l'equilibri, units a l'excels do de la composició ens descobreix un ofici ben après. «Si tens un bon ofici, fes el que vulguis», li va dir un dia al seu fill gran. «Velázquez pintava borratxos i cretins i Goya afusellaments, i realitzaren obres magnífiques. L'ofici els salvava.» Així doncs, si Calsina hagués volgut passar pura i netament per un pintor realista, ho hagués pogut fer sense entrebanc, i en tenim una bella prova en aquells retrats tan ben reeixits de personatges humils i pobres, rurals i ancians, amb tota la riquesa del bagatge de la vida en els plecs de la seva pell, en les sàvies arrugues, en la mirada resignada i interrogativa escrits, com els titulats *Àvia de Montant* o *Àvia de Cirat*; o en aquelles natures mortes tan ben aconseguides, com la *Natura morta dels tomàquets*, que gairebé els pots assaborir, i on entre el pa, les cassoles, la gerra, les cebes, els ous i els tomàquets i hi introdueix un element purament calsinia, la carta del cavall de copes, que sembla que desentona però que té la seva utilitat, o la *Natura morta de la galleda*, que amb l'enrajolat del terra, rústic, d'altre temps i no homogeni, de tan versemblant a l'entrar en el quadre sembla que t'hi puguis ensopegar; o fins i tot *El piano*, on et fa l'efecte que amb els dits pots percebre la rugositat del conglomerat del tamboret de fusta que hi ha a primer pla, i el munt de papers que hi reposen et convidin a ser desplecats per tal com les seves puntes es mostren enlairades, insinuants, perquè una mirada àvida en descobreixi el que dins hi ha amagat, i l'arrodonida taronja que jau al terra i que a l'espectador li agradaria encabir-se suaument al palmell de la mà i provar d'obrir la tapa del piano si no fos perquè l'autor hi ha pintat al damunt un altre element calsinia, un nen empaitant un somni, uns estels rutilants; o els magnífics nus, com el de la noia agenollada al terra amb un llibre obert al davant, una mà ben arrepenjada i l'altra fent cassoleta, expectant, com si arre-

plegués el missatge del llibre i el fes seu, com si tota aquella saviesa l'estigués penetrant.

Ja dic, però, que Calsina no va voler passar només per un pintor realista, sinó que endinsant-se en les entranyes dels objectes o els éssers humans, n'extreia l'ànima cap enfora en un exercici d'exploració intel·lectual brutal que, unit al torrent creatiu imparabla i la imaginació desbordant, dóna per resultat un obra singular, diferent i única, per allò que té d'abassegadora i completa, d'intrigant i d'inquietant, alhora de fondària lírica i sarcasme, rerefons moral o denúncia, humor, ironia i tendresa a parts iguals, que deixa l'espectador esbaleït, tocat, estupefacte, amb ganes de saber més de Calsina, d'estimar-lo i fer-lo gran, de contemplar el món amb la seva mirada i agrair-li el missatge de les seves pinzellades, el seu llegat.

Foren potser algun dels elements d'aquesta riquíssima amalgama que el feren un pintor incòmode, que no va convenir ni al gremi, perquè fugia dels corrents establerts del moment, ni a les institucions, per allò que tenia de denúncia o de grotesc. En aquest sentit cal destacar les paraules tan dures que li va dedicar el crític d'art *Calístenes*, que no era altre que Luis Monreal y Tejada al diari falangista *Solidaridad Nacional* el 5/2/1942 amb motiu d'una exposició seva a la Syra: «Si en mi mano estuviera, prohibiría a Calsina el uso de los pinceles. Y conste que reconozco en él unas excepcionales condiciones de dibujante más que de pintor, pero soy de los que piensan que el tema no es indiferente en la obra artística. La visión de la vida que tiene Calsina es estéticamente anarquista. Ninguna forma bella le merece respeto. Sus dibujos, sobre todo, parecen ofrecer una moraleja repleta de amargura irónica tan violenta que, a veces, resulta ofensiva. No se pueden pintar esas cosas, aunque se posea una técnica personal hábil.» I pel que fa a aquest anar pel seu compte, a aquesta sacra fidelitat a ell mateix, aliè a coetanis, mercats i modes, s'abocaren línies i línies a la premsa sense poder mai encasellar-lo ni acabar-lo de definir. Fou un home sense pèls a la llengua, que es mostrà molt crític amb la màfia que deia que imperava en el món de l'art, on els marxants, amb la conxorxa d'al-

guns crítics, tractaven d'imposar valors falsejats. Es queixava i no entenia com algú que no sabia dibuixar una mà estampés un iogurt sobre una tela i afirmés que això era art.

I com es va forjar l'home, el pintor, aquest ésser tan peculiar, amb un univers tan inaudit? Nascut l'any primer del s.XX, de pares flequers, al c/Castanys davant el Mercat de la Unió, aquell Poblenou suburbial, fabril i febril, va deixar per sempre més una empremta dins el seu cor, proporcionant-li una vitalíssima escenografia, un microcosmos urbà i social format per un paisatge obrer i quotidià, amb força càrrega, tant cultural, com espiritual, com de denúncia social; en una paraula: inquietant. Alhora, de les imatges captades pels seus ulls d'infant, en féu una simbologia, una iconografia que en podríem dir calsiniana, amb la qual guarní amorosament i amb enyor molts dels seus quadres: el gasòmetre de l'Arenal o La Caldera, els globus aerostàtics del trofeu internacional Gordon-Bennet que s'enlairaren l'any 1907 damunt la platja de la Mar Bella, la Torre de les Aigües, les xemeneies de les fàbriques, un munt d'estrelles, on tal vegada els seus somnis condensava, els terrats de les cases, des d'on la mirada s'eixamplava, les barres de pa –sempre el pa!– que els pares elaboraven i ell s'encarregava de repartir al parroquià, la sopera de la llar familiar, «a casa ens hem atipat d'escudella», afirmà en força ocasions, o els cromos d'una coneguda marca de xocolata establerta al Poblenou que reproduïen la guerra russo-japonesa. De ben menut damunt del paper contorneja sense límits –valgui l'oxímoron– tot el que els seus sentits i intel·lecte perceben. «Jo vaig néixer dibuixant com un altre neix geperut». A dotze anys entra a l'Acadèmia Baixas del c/del Pi, on coneix el fill de Casa Espinagosa, de vitralls modernistes, que li ofereix una feina d'aprenent. En un principi escombra i va a buscar aigua a la font fins que esdevindrà mestre vitraller i el dibuixant del taller, tenint com a company de feina Lluís Gargallo, germà de l'escultor. Mentre, a catorze anys ja es pot matricular a La Llotja, ensenyament que compaginarà amb la feina dels vitralls. L'any 1923 obre el seu primer estudi al c/Girona, juntament amb el seu amic Miquel Fa-

rré, «i, apa, a esperar al parroquià que no venia mai, i així fins ara...», li deia a Zeneida Sardà en una interessant entrevista que es publicà a Serra d'Or força anys més tard. Col·labora amb dibuixos a *La Campana de Gràcia*, *L'Esquella de la Torratxa* i la revista *Poble Nou*, treu també a lluir els seus dots de cartellista rebent tots els elogis del temut crític d'art que signava amb el pseudònim de Joan Sacs. És amb Miquel Farré que l'any 1929 guanya la beca Amigó Cuyàs que, amb dotació econòmica, els permet fer una estada de força mesos a diferents ciutats espanyoles per ampliar els seus coneixements artístics, on coneix Lorca i Falla. Aquest mateix any rep el Premi d'Honor pel seu dibuix *Tragèdia* a l'Exposició Internacional de Pintura de Barcelona. Esperonat pels èxits recents l'any següent exposa a la Sala Parés una mostra dels seus dibuixos, cartells i algun oli. Guanya altra vegada la beca Amigó Cuyàs, aquest cop la internacional, i tria com a destí París, on exposa amb èxit al Salon des Superindépendents i al Salon des Humoristes. Hi fa una estada d'un any i mig, tot i que té una pròrroga per a quedar-s'hi dos anys. «M'enyorava. Jo sóc un home molt de la terra». En tornar és proposat com a professor de La Llotja, càrrec que accepta meritòriament, sense cobrar res i que impartirà durant més de cinc anys, tenint com a alumnes en Tísner i en Calders. Obre el seu nou estudi al c/Comtal 23-25 i comença una nova etapa amb força exposicions, destacant la de la Sala Parés l'any 1933, molt més ambiciosa que l'anterior, individual, omplint ell sol la galeria amb uns 45 olis, 17 dibuixos i algun cartell, que obté força ressò i molt bona crítica en general. «Això és pintura!», exclama Ricard Opisso des del bell mig de la sala del c/Petritxol. Atès l'èxit se'l tempteja des de la direcció perquè formi part del planter d'artistes que promociona la sala. Refusa, la seva llibertat no té preu: «Jo no volia ser el bodegonista de Can Parés.» La guerra civil trunca aquest període tan fructífer de Calsina i busca escalfor a l'Agrupació d'Escriptors Catalans. Allà es retroba amb Xavier Benguerel, Tísner i Calders, trava amistat amb Joan Oliver, coneix Carles Riba, amb qui anys més tard freqüentarà les tertúlies dels diumenges a la tarda a casa el

Dr. Leandre Cervera al c/Madrado, i altres persones del món de les lletres a les que Calsina sempre ha suscitat interès. Realitza el cartell per a l'obra teatral *La Fam*, de Joan Oliver, i el cartell i els esbossos dels decorats i figurins de la peça *El casament de la Xela*, de Xavier Benguerel. Amb l'espantada marxa a França i és internat a Argelers, d'allà passa a Pau, Irun i Vitòria, on és reclòs a un camp de concentració, a la plaça de braus. En tornar a Barcelona s'adona que el teixit intel·lectual s'ha esquinçat, els seus amics Benguerel i Oliver són a Xile, Calders i Tísner a Mèxic; a La Llotja i al Cercle Artístic li barren el pas perquè un soci l'ha denunciat com a roig, com a desafecte al nou règim. S'hi enfada molt però decideix acabar fent el que sap: treballar de valent. Fa una colla de dibuixos inspirats en les obres de Poe, Dickens i Stendhal i realitza 30 litografies comentades per ell mateix i que publicarà a càrrec seu, entre les quals cal destacar-ne una de molt bella, *La pau solemne*, que al contemplar-la dona una sensació de benestar immensa: una dona gran reposa asseguda amb les mans a la falda, la mirada abaixada i el somriure plàcid de qui té la feina acomplerta. Darrere seu la Mort fa el gest d'inclinar-se per apagar la flama de la llàntia, que encara és encesa. No té res de tètric, tots és dolcesa, en calma, solemne. Fa una exposició rere una altra i a l'edat de quaranta-quatre anys es casa amb Rosa Garcés, de vint-i-dos, filla de Montant, un poble de Castelló, que haurà conegut en una festa al seu taller del c/Comtal, amb qui tindrà tres fills. Val a dir que el periodista i crític teatral Celestí Martí Farreras escriví unes línies molt evocadores del seu pas per aquest estudi situat «en el darrer pis d'un casalot sinistre» que foren publicades dos dècades després al setmanari *Tele-Estel*, on descriu la galeria de personatges, força pintoresca, que eren visitants assidus del taller. Quan Calsina se n'atipava es girava de cara al llenç, silent, i començava a pintar lentament. Era el senyal, tots ho sabien, s'acostava l'hora de la ruptura, de l'acomiadament. Al cap de cinc minuts estava tan abstret, tan entregat als pinzells, que la galeria de visitants un xic atemorida anava desfiant sense fer soroll, ràpidament. Incansable, l'any 1954 forma

tàndem amb Salvador Espriu per als Gravadors de la Rosa Vera, on cada gravat és acompanyat d'un text d'un escriptor, que el comenta. El 1957, amb motiu de la seva exposició a la Syra, un grup ben nodrit d'intel·lectuals de casa nostra converteixen l'acte en un vertader homenatge al pintor, organitzant una subscripció amb la qual li compren el quadre *Interior d'estudi* i el lliuren al MNAC. El 1964 guanya el prestigiós Premi Internacional de Dibux Ynglada-Guillot. L'any següent, el propietari de Muebles La Fábrica, gran aficionat a la pintura i admirador de Calsina, li compra força olis per un preu total d'un milió de pessetes. Les exposicions se succeeixen, infatigable, no deixa mai de treballar. Edicions Nauta, a instàncies del gravador Jaume Pla, publica el 1970 les Narracions Extraordinàries d'Edgar Allan Poe il·lustrades per Calsina i el 1974 una edició d'El Quixot amb 40 magnífiques litografies seves, més luxosa que la ja publicada al 1969, que en contenia 20, també de seves. I així arribem a un moment important en la vida del pintor quan el 16/11/1983 el diari *Avui* publica un *Manifest* signat per divuit personalitats del món de la ploma, reclamant un acte de justícia, d'homenatge, de reconeixement a Calsina per part dels que dirigeixen la cultura del país, que arribarà el 10/5/1984 amb una gran exposició antològica al Passeig de Gràcia núm. 2. Finalment, l'any 1990 és distingit amb la Creu de Sant Jordi de la Generalitat. Reconeixement que agrairà però que mai no haurà cercat: «Jo pinto i prou».

Sobre la semblança física, cal dir que ja en una imatge de menut mostra uns ulls petits, expectants, encuriósits, i unes mans que s'endevenen inquietes, àgils, disposades a ser el fil conductor que fusioni la realitat amb el món màgic que porta a dins. L'estupor sempre reflectit al rostre: no entén, no li agrada, no assimila i s'interroga l'ordre de les coses, el món en què vivim. Calsina va dir en més d'una ocasió que la seva infància va ser trista, i jo penso que ho deia en aquest sentit. Les formes arrodonides d'infantesa deixen pas a unes faccions d'adolescent esprimatxat, que en una foto familiar llueix un vestit de marinera, que ell recordaria sempre, molts anys més tard, que li donaren els pares d'una

família força acabalada, a qui la mort sobtada se'ls emportà la criatura massa aviat, juntament amb la preciosa llanterna màgica que tant i tant va estimar i que apareix en més d'una de les seves teles com a icona a la que mai no va renunciar. El nas es va configurant rectilini, les orelles un pèl grans, però aquella inquietud i estupefacció en l'expressió del rostre no canvia, fins i tot es va accentuant, i a trenta anys els ulls van enclotant-se al resguard de la visera de les celles per protegir una mirada cada cop més apaïxada, més panoràmica més gran, per on van entrant totes les imatges de la vida que els seus pinzells transformaran. Les ulleres de pasta gruixuda criden l'atenció damunt la cara prima, però te n'oblides quan hi parles i ja només veus la llum d'aquell brillar, que neix d'uns ulls interrogatius que Malden per entendre la comèdia humana, el món que ens ha estat donat. A cinquanta anys la cabellera ja blanqueja, i a l'edat venerable de setanta, vuitanta o noranta anys resplendeix tota ella com la neu. Per pintar vesteix una bata blava per on treu el cap el nus de la corbata que sembla no voler perdre's detall. La figura es manté fins al final alta i esbelta i el caminar lleuger i ac compassat. I les mans –ai les mans!– han adquirit llenguatge propi amb els anys.

Calsina, únic i irrepètible, que sabia de la imperfecció humana, la qual denunciava alhora que compadia, perquè estava convençut que som éssers en construcció, inacabats, a mig fer, que l'home no té cabuda dins els límits estrets d'una vida, deixà definitivament els pinzells tan sols dos mesos abans de morir, lúcid fins a l'últim moment, amb plena consciència del pas que anava a fer, que es produí el 26 de novembre de 1992, any en què el seu Poblenuo experimentà, així mateix, una profunda transformació. «Hi creieu, vós, en Déu?» –li preguntà Zeneida Sardà. «És clar! Si no, la vida no valdria la pena d'ésser viscuda. Fóra una estafa. Ens manca una creença: el sermó de la muntanya... Si ets un autèntic artista, si gaudeixes creant, la vida és eterna. No hi ha més paga que aquesta... El goig de crear amb honradesa!»

El Francesc Candel que conocí

Finalista modalitat Reportatge Periodístic

Raúl Arango Aragón



Para Elodie Tonnerre, que

también lo conoció

A Francesc Candel le gustaban las novelas largas y con muchos personajes, aunque no desdeñara las novelas cortas. Por eso leía y releía al Cervantes de Don Quijote, a Balzac, a Sterne, a Dickens, a Víctor Hugo, a Tolstói, a Dostoievski. Pero también a los clásicos contemporáneos: Faulkner, Proust, Musil, Pérez Galdós, Kafka, Chandler, Virginia Woolf. Incluso Carlo Emilio Gadda, el de *El zafarrancho aquel de Via Merulana*, pese a estar este en el extremo opuesto de sus intereses estilísticos. La prosa de sus libros, sin embargo, está emparentada con el Chéjov de los cuentos, con todo Baroja, con Maupassant, con el Erskine Caldwell de *El camino del tabaco*, con el Carlo Levi de *Cristo se detuvo en Éboli*, con el Giovanni Verga de *Los Malavoglia*, con el Josep María de Sagarra de *All i Salobre*, con el Mark Twain de *Huckleberry Finn y Tom Sawyer*. Es decir, la notación cordial pero vigilante y, por lo mismo, precisa en los detalles de sus cómplices, compasivas y a veces tragicómicas exploraciones de la realidad. Pero, en el fondo, lo que más le interesaba de los libros, no importa el género, propios o ajenos (se lo oí repetir en muchas ocasiones), era la coherencia, la sustanciación de un principio capital: la capacidad de justificar, formal y moralmente, cada una de las palabras que se escriben. Para él este principio –la probidad, la integridad, la coherencia– era innegociable. Lo que es más excepcional de lo que parece.

La primera vez que oí hablar de él fue a mediados de los sesenta, en Bogotá, Colombia. Yo colaboraba en la revista *Letras Nacionales*, que dirigía el escritor, médico, antropólogo y folclorista Manuel Zapata Olivella, ya fallecido. Un día, hablando de literatura española contemporánea, Zapata mencionó a Francesc Candel. Zapata (su mujer, Rosa, era barcelonesa, y Edmundo Clavijo, mi suegro por aquel entonces y gracias al cual lo conocí, era

uno de sus amigos íntimos) había hecho amistad con él durante unos estudios de postgrado en Barcelona. Candel es uno de esos escritores –me dijo Zapata– sin los cuales no se podría explicar, o se explicaría mal, la obra de los que el gusto literario, tan injusto a veces, considera los mejores de su época, es decir, Cela, Delibes, Aldecoa, Torrente Ballester, Ana María Matute, Martín Santos, Juan Benet.

Zapata había escrito una novela, *En Chimá nace un santo*, que era un anticipo de lo que pronto comenzaría a llamarse realismo mágico y del que *Cien años de soledad* iba a ser la obra emblemática. Por cierto, Zapata Olivella y García Márquez, aparte de ser costeños, o sea oriundos de la costa atlántica colombiana, eran amigos de toda la vida. Con él aprendí de viva voz –añadió– lo que es un escritor que trabaja con un mundo propio del cual forma parte inmediata, como hecho a la medida de su penetrante capacidad de observación, a diferencia de aquellos escritores que dependen más de su fantasía o su imaginación. Por eso sus libros son sólidos, próximos, convincentes, entrañables.

Al día siguiente me prestó *Los importantes: Élite*. Piensa –me dijo Zapata– que si en este libro cambias los nombres de los personajes por los de gente que conocemos o en todo caso colombianos, el *atrezzo* y los giros idiomáticos, podría haber sido escrito aquí. Aunque, eso sí, cargando las tintas para acentuar el provincianismo, la grotesca teatralidad de las apariencias y el arribismo. Aquí tenemos un Antonio Badajo de Roldán en cada esquina.

Me sedujo el desopilante humor del libro y me prometí leer más cosas suyas, pues lo que nos seguía llegando de España, con señaladísimas excepciones, era, aún, el relamido humor que el régimen permitía, tan ñoño, hay que admitirlo, frente al humor negro, desaforado, esperpéntico y hasta cruel de Hispanoamérica.

Vino entonces el mayo francés de 1968, con esa marea de inconformidad que, océano de por medio, impregnaba todas las iniciativas y ensueños de nuestra confusa juventud, queriendo cambiarlo todo para que todo siguiera igual según la clarividente *boutade* del príncipe Salina en *El gatopardo* de Giuseppe Tomasi

de Lampedusa. Dos años después salí de Colombia para un exilio voluntario que ahora, cuarenta y seis años después (es arriesgado desenraizar un árbol que ya una vez fue trasplantado), me parece definitivo.

Viví tres años en París. En cierta ocasión, en el restaurante universitario de Port Royal, vi haciendo cola para comer a un chico que llevaba bajo el brazo, mientras maniobraba con la bandeja de la comida, *Los que nunca opinan*. Fui a sentarme a la misma mesa que él, me presenté y le pregunté por el libro. Era un estudiante de antropología, valenciano como Candel (lo que explicaba su interés por el libro), llamado, si mal no recuerdo, Anselmo Arredondo. Este libro –me explicó– se acerca bastante a un buen trabajo de campo, pero sin las acotaciones superficiales y subjetivas que, desgraciadamente, suelen hacer la mayor parte de los antropólogos jóvenes, infectados por el estructuralismo. Aquí los hechos se imponen por sí mismos. Curioso porque, según tengo entendido, es el trabajo de un novelista que para mi vergüenza, siendo yo también valenciano, no conocía. Traducido a otro lenguaje, el lenguaje político, por ejemplo, lo que el libro demuestra se puede resumir en una sola frase: la cuerda se rompe siempre por lo más delgado. A mí –vino a resumir– me ha servido más que las parrafadas conceptuales de algunos libros de texto.

En la segunda mitad de los setenta fui a trabajar cada año, durante el verano, en Estocolmo. En el verano del setenta y cinco yo estaba obsesionado por leer *Persona non grata* del escritor chileno Jorge Edwards. El libro había aparecido en 1973, pero a mí, que por aquel entonces cursaba mis estudios universitarios en Moscú, no me había sido posible conseguir, pese a mis buenos contactos, ni siquiera alguna de las versiones en inglés, francés e italiano que ya circulaban libremente por Europa Occidental. Era uno de los efectos colaterales de la omnipresente censura soviética.

Se trata, pues sigue siendo un clásico en su género, de una de las radiografías más lúcidas, valientes, circunstanciadas y turbadoras de la servidumbre que el totalitarismo (en este caso el cubano) impone a la libertad de expresión y, específicamente, a los

intelectuales. Edwards era agregado de negocios de Chile en La Habana durante el gobierno de Salvador Allende, lo que garantiza que sus informaciones son de primera mano.

Alguien me sugirió que probara en la librería Staffars Serier (entonces la literatura en lengua española no estaba aún de moda), donde, con suerte, podría encontrarlo. Y así fue. Pero la sorpresa fue que, en medio de una docena de autores (Azorín, Unamuno, Machado, Gabriel Miró, Clarín, Pérez Galdós), encontré *Échate un pulso*, *Hemingway* de Candel. Devoré los dos libros, alternándolos, mientras el verano, a pesar de ser más suave en los países del norte, animaba de las maneras más exóticas la vida estrictamente pautada de los suecos.

El libro de Candel me sorprendió, primero, por su modernidad. Como suele decirse, Candel se había soltado el pelo para escribirlo, oponiendo (el título del libro parece sugerirlo de algún modo) al estilo escueto, templado y lapidario de Hemingway, una variedad de registros narrativos donde lo real no se pierde nunca de vista. En el carácter abierto de la obra descubrí incluso registros vanguardistas inusuales en la narrativa tradicional española que conocía, como, por ejemplo, en la narración experimental *Un hombre va*. Encontré el libro saludable, socarrón, irónico, humorístico y tremendamente vital, lo que me hizo recordar las palabras de Zapata Olivella, ocho años atrás.

A comienzos de los noventa, ya en España, me mudé a la calle Minería, justo en la parte de atrás del edificio de La Campana. Aunque viví diez años en la calle Constitución, entre Olzinelles y Jocs Florals, nunca me había interesado por el mundo que se extiende más allá de la Gran Vía, *Donde la ciudad cambia su nombre*, para decirlo con uno de los títulos más candelianos. Como siempre he sido un asiduo visitante de las bibliotecas públicas, supe pronto que en el barrio había una, precisamente llamada Francesc Candel, sita, entonces, en el parque Can Sabaté. Igual que en otras ocasiones en mi vida, reparé en la confluencia de sincronicidades que, hasta aquel momento, tenían como *point de repère* la obra de Francesc Candel. En otras palabras, la sincróni-

ciudad se resolvió en simetría. Pero si bien la sincronicidad (Jung *dixit*) es simultánea, no por diferida deja de macerar en nuestro tiempo interior los suplementos de sentido que sus epifanías propician. Para mí ese arco de sincronicidades, o, si se quiere, ese fractal (tomando en sentido metafórico a Mandelbrot) se había extendido desde Bogotá a Barcelona, pasando por Estocolmo y París, enlazando cuatro momentos de mi acercamiento a la obra de Candel. Esos cuatro momentos sincrónicos estaban separados en el tiempo y el espacio, pero coexistían en torno a un núcleo tan definitorio como aleccionador en punto a mis intereses por el oficio de la escritura.

Me explico. En Candel se da una inteligencia del detalle, que firmaría un forense, para notariar momentos decisivos que, encastados en anécdotas de genuino sabor popular, conforman una trama. Pero lo importante es que omite el discurso subsiguiente, edificante y moralizador, rehúye la coda sociológica o política que, en un buen narrador como él, echaría a perder la eficacia emotiva de su estilo, como puede comprobarse en esa espléndida narración *El tío Serralto, de cómo murió*, incluida en *Donde la ciudad cambia su nombre*. O sea la aplicación, personalísima, de la teoría de Hemingway, según la cual una narración debe estar sustentada en la parte que el escritor omite, es decir, la famosa punta del *iceberg* que tan pocos escritores consiguen respetar. Por lo demás esa estructura funciona admirablemente por estar al servicio de un estilo propio, fresco, desenfadado, suelto y, al mismo tiempo, vigoroso, que constituye por sí mismo una celebración constante de la vida. Es útil subrayar que, como fundamento de esa estructura, empleaba el *free indirect speech* o estilo indirecto libre con una soltura soberana, dejándole a sus personajes toda su autonomía, sin intromisiones del autor que rebajarían la intensidad de lo narrado. Recuerdo que le gustó mucho una frase que yo me había inventado a este propósito: “El novelista no necesita ser muy inteligente, le basta con que lo sean sus personajes”.

En todo lo anterior radica, *grosso modo*, la potencia de sus textos narrativos, que luego argumenta y desarrolla en sus trabajos

periodísticos, como, por ejemplo, los artículos agrupados en *Apuntes para una sociología del barrio*, que necesitan una nueva lectura justamente ahora, cuando muchas de las cuestiones que abordan los hacen más incisivos y actuales que nunca. Porque el Candel periodista emplea su tono de narrador para insuflar contemporaneidad en textos que, de otro modo –sujetos por la fugacidad de los hechos a la coyunda de lo inmediato–, correrían la suerte propia de aquellos materiales que el tiempo corroe irremediamente. Es decir, sus textos periodísticos tienen la gran virtud de interesar ahora como en el momento en que fueron publicados, lo cual debería servir de ejemplo y estudio en las facultades de periodismo.

A menudo leyéndolo, y a propósito del destino aciago de algunos de sus personajes, no he podido evitar acordarme del turbador interrogante de Cicerón en su primera Catilinaria: “¿Quae nota turpitudinis domesticae non inusta est vitae tuae?” (¿Qué marca de torpeza doméstica no ha sido grabada a fuego en tu vida?). Pero el correlato de esas vidas no es, en cuanto a narrativa, el despliegue consecutivo o no, lineal o no, lógico o no, de las peripecias o anécdotas que las explican o las describen y que convenimos en llamar “argumento”. El correlato, la piedra de toque para entender y apreciar su obra es, en definitiva, hay que repetirlo una vez más, su tono. Y Candel llegó a destilar ese tono no sólo por la calidez de sus recursos expresivos, sino por elevar la “altivez de ser” de sus personajes todos, sus humildes epopeyas, a nivel de fábula: aunque desfavorecidos por la historia y por la suerte, salen siempre engrandecidos por su coraje para enfrentarse a sus muchas pobrezaas. O sea lo que Nietzsche llamaba “atmósfera envolvente” y que Ernesto Sábato en su *España en los diarios de mi vejez*, glosa así: “Aquello que da encanto a la vida, que la enamora: ilusiones, pasiones, amor, relatos, furias quijo-tescas, imposibles búsquedas, inalcanzables deseos. Pueden no ser verdaderos pero se vuelven verdaderos en las vidas de quienes tienen el coraje de vivirlos. Paradójicamente, quienes encarnan estas irrealidades son vitalizados por ellas.”

No se puede decir más. Ni mejor.

De inmediato me hice socio de la biblioteca Candel y durante años he sido uno de sus más fieles visitantes. De más está decir que estas bibliotecas de barrio, al revés de las muy grandes, que también me gustan, proporcionan al lector una suerte de protección, un abrigo contra las inclemencias de la vida cotidiana. Se crea allí un clima de intimidad casi familiar, tranquilizador, adictivo, entre el lector y el ambiente que en ellas se respira. Y no tardé en apasionarme por la vida del barrio. Para decirlo de forma más expedita: puedo pasar meses sin sentir la necesidad de salir del barrio.

Un día, paseando con un amigo por el Paseo de Zona Franca, aquél me dijo: ¿Has leído a Candel?. Y sin darme tiempo a contestar: Ahí lo tienes, señalándome a un hombre delgado, entrado en años, de gafas y pelo blanco muy cuidado, que venía en sentido contrario al nuestro conversando con una mujer, Joana, que más tarde supe que era su compañera de sus últimos años. Lo que me llamó y llamaría siempre mi atención en ese momento y después, cuando llegué a conocerlo, fue su naturalidad. También advertí, incluso antes de tratarlo, que sus gestos y su expresión revelaban una calma interior admirable que he encontrado muy pocas veces en otras personas. Siempre lo vi vestido de modo casual, frágil, extremadamente pulcro, con el toque distintivo del pañuelo de seda al cuello, como, creo yo, suelen ir los que han pasado por grandes pruebas y evitan así, con cualquier señal de distinción, caer en la autoindulgencia.

Dije a mi amigo aquel día, Te contaré la historia en otro momento, y, acercándome a Candel, me presenté, recordándole a Manuel Zapata Olivella. Candel dijo: ¿El doctor Zapata? ¿Qué es de su vida? Hace muchos años que no sé nada de él.

Ahí se cerró, limpiamente, el arco de la sincronicidad, que, ahora, al conocer personalmente al escritor, se reabsorbía en mí con la complejidad que tiene toda obra de creación cuando conocemos a su artífice.

Volvimos a vernos muchas veces. Paseábamos y tomábamos algo y hablábamos bastante, casi siempre de literatura. En cierta ocasión, a propósito de un ensayo que yo había escrito sobre

el novelista y poeta italiano Cesare Pavese, hablamos sobre el realismo en el que se pretendía encasillarlo sin discernir a qué clase de realismo se referían; obra, más bien, de gacetilleros de ocasión que de críticos responsables. El realismo que yo practico –me dijo– (y puso todo el énfasis en el verbo *ver*), es aquel de *ver después de haber visto*. Que es lo que recomendaba Gertrude Stein al narrador, al novelista, y que tan bien aprendió a hacer Hemingway. O sea, ver de forma recurrente, penetrando en la masa informe de lo que vemos a primera vista. Recuerdo una frase que resume muy bien lo que yo pienso de este asunto. En una entrevista García Márquez dice: “uno no puede inventar o imaginar lo que de da la gana, porque corre el riesgo de decir mentiras, y las mentiras son más graves en la literatura que en la vida real”.

Era un lector voraz y entre las obras de otros escritores había algunas que acudían a su memoria a menudo y que, por un fenómeno de refracción, confirmaban el acierto de mis propios gustos. Ése fue el caso de esa extraordinaria narración que es *Una rosa para Emily* de Faulkner. Otro fue *Un canario como regalo* de Hemingway. O *Ethan Frome* de Edith Wharton. O *La muerte de Iván Ilich* de León Tolstói. Cierta mañana en que habíamos quedado en vernos, entramos a tomar algo en la Granja Roca, en Mare de Déu de Port, a la entrada de Can Sabaté. Yo le había llevado para traducirle oralmente del inglés, la famosa entrevista con Faulkner de la primera serie de *The Paris Review*, considerada hoy antológica. De esta le gustó especialmente una frase que me hizo le relejera. “Si yo reencarnara, sabe usted, me gustaría volver a vivir como un buitre. Nadie lo odia, ni lo envidia, ni lo quiere, ni lo necesita, Nadie se mete con él, no está nunca en peligro y puede comer cualquier cosa”. También le traduje las de Hemingway, igual de provocativa que la de Faulkner, y la de Lawrence Durrell. De ésta me hizo repetir la respuesta del autor de *El cuarteto de Alejandría* a la pregunta del entrevistador de si su prosa, que parece tan elaborada a primera vista, le salía así espontáneamente. A lo que Durrell respondió: “Siempre pienso que estoy escribiendo de más” Candel comentó escuetamente: “Y tanto”.

Estos escritores –me dijo– tuvieron la suerte de ser entrevistados por gente que conoce bien su obra. Eso se nota. Por lo general los entrevistadores hacen una y otra vez las mismas preguntas. Uno piensa para sus adentros que lo que les interesa es ver su nombre emparejado con el del autor al que entrevistan.

Otro rasgo de su personalidad que me impresionó fue su generosidad. Nunca le oí ninguna de esas descalificaciones rencorosas (del tipo vitriólico de Nabokov, Gore Vidal o, en España, Francisco Umbral) con que muchos escritores suelen construir su autobiografía: *audi álteram parte*, parecía ser su lema. Lo más fuerte que le oí decir a propósito de uno de sus colegas, por cierto bastante renombrado, fue: “La verdad es que me deja indiferente”. A lo sumo, esa equiponderancia de sus filias literarias adquiriría, con una pizca de ironía críptica, la intensidad, siempre fértil, de un acertijo. Lo sé porque al mencionarle a algunos de mis escritores preferidos (Rabelais, Quevedo, Lowry, Broch, Gadda, Djuna Barnes, Lezama Lima, Carpentier, Lawrence Durrell y Guimaraes Rosa, entre otros, todos barrocos) observó que el buen vino no importa el envase en que se sirva, aunque –añadió– preferimos paladearlo en una buena copa de cristal que en vaso de plástico. Aquel día, al despedirnos, le recomendé leer *Los mandarines, Historia del Bosque de los Letrados*, escrita por Wu Jingzi, un novelista chino del siglo XVIII. La edición que yo manejaba había sido publicada por Seix Barral en 1991 y, que yo sepa, nunca se ha reimprimido. Le recomendé el libro, lo recuerdo bien, porque me parece que ilustra de manera irreprochable lo que acababa de decirme.

Le pregunté en otra ocasión qué pensaba de la *panne d'inspiration*, o sea lo que vulgarmente se conoce como bloqueo o dique seco del escritor. Y recuerdo haberle comentado algunos casos célebres (como el de Aldous Huxley, que admitía, asociado indirectamente a dicho síndrome, su dificultad para crear argumentos o inventar situaciones.) Paseábamos ese día por el parque Can Farrero. La respuesta que me dió aún me sigue intrigando, porque nunca tuve la oportunidad de pedirle que me la explicara más ampliamente. A veces –me dijo– , leyendo a algunos escritores que

admiro, por ejemplo el mismo Huxley, o a Borges o a Monterroso, tengo la sensación de que han levantado sus mundos narrativos convirtiendo conceptos en anécdotas, lo que les asegura, en todo momento, un recurso espléndido si es que alguna vez se han sentido amenazados por momentos de esterilidad. Entonces, alguien que lo conocía se acercó a saludarlo y la magia se rompió. Había sucedido lo mismo otras veces y no pude menos que deplorarlo.

Pero la respuesta inherente a esa conjetura suya, he pensado después, está en el conjunto de su obra: los argumentos y situaciones que explora siguen ahí, arduos, quemantes, convincentes, espinosos, incontestables, que es uno de los mejores elogios que se puede hacer de un escritor de “ficción”.

Asuntos laborales inaplazables me mantuvieron alejado durante años de él y de la vida del barrio. Volví a verlo, un día, de pasada (ambos teníamos prisa), en la calle Mare de Déu de Port. Intercambiamos algunas frases y, al despedirnos, me dijo: –A ver si nos vemos un día de estos y hablamos de Wu Jingzi y *Los mandarines*. Me lo leí de un tirón. Todo un descubrimiento!

No tuve la suerte de volverlo a ver. Murió.